

Mi vida o la voluntad de Dios

María Elena Castro Reyes

En memoria de Armando Ruiz Castro.

TESTIMONIO DE VIDA

Hola, me llamo Elena. Cuando pregunté: “¿Por qué Elena?”, la respuesta fue simple... ¡Porque a mi madre se le ocurrió que yo llevara el nombre de mi abuela!

Para empezar, nunca me ha gustado este nombre.

La mayoría de las mujeres que he conocido con este apelativo, reales o ficticias, son sufridas, engañadas, humilladas, golpeadas, prostitutas, abandonadas o sufren abusos y, en los casos más extremos, son malas y perversas; así que, como se mire, llevar este nombre está de la fregada.

Siempre me han dicho que debo aceptar la voluntad de Dios, que él sabe lo que hace, que es todopoderoso y que nunca te abandona; que puedo hablarle y también preguntarle, porque él conoce mis penas y mis alegrías. Entonces, en el remoto caso de que me contestara: dime, Dios, ¿por qué no tuve un ángel como mamá?

Y a ti que lees estas páginas, quiero narrarte lo que ha sido mi vida, desde los recuerdos de mi infancia hasta el momento en que estoy escribiendo. Ya verás —y quizá puedas explicármelo— cuál fue la voluntad de Dios.

Nací el 6 de octubre de 1962. Y cuando pregunté: “¿Por qué nací?”, me enteré de que cierta vez mandaron a mi mamá a comprar los libros que le pidieron en la secundaria. Le dijeron que se fuera en un taxi y que regresara pronto, pero... ¡le gustó el taxista y se fue con él!

En ese momento la suerte estaba de su lado, ya que le tocó un muchacho bueno al que le gustó mi mamá, que sólo tenía quince años. Otra clase de hombre le hubiera retorcido el pescuezo y yo no estaría contando mi historia.

Mi vida empieza con un recuerdo lejano... Quizá tendría cuatro años de edad y me veo junto a una mesa de cantina, acomodando la-tas de cerveza que mi padre se había tomado, y me recuerdo jirónicamente feliz!

Vivíamos con los abuelos paternos, mi padre Gustavo, mi madre Alejandra, yo la mayor y mis hermanas Mercedes y Guadalupe.

De la casa sólo recuerdo que tenía una gran escalera del lado izquierdo y que su puerta era blanca; a veces salíamos a la calle a acarrear agua y veía cómo mojaba mis pies y el sol brillaba, pero... colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Veo a mis padres que pelean, se gritan y discuten porque mi abuela siempre interviene en sus vidas y acusa a mi mamá de muchas cosas.

De repente estamos en la calle, sentadas en la banqueta, mi mamá, Meche y yo; Lupe no estaba porque como era güerita y bonita, la abuela no la corrió de su casa como a nosotras.

Mis recuerdos y testimonios se ubican en las casas y las calles del barrio donde vivimos y con los personajes que rodearon mi vida.

LERDO 61, COLONIA GUERRERO

Estando sentadas en la calle, oímos que en la casa de enfrente cantaban Las Mañanitas; una señora salió y nos invitó a la fiesta. Ese día comimos pollo rostizado y pastel porque era el cumpleaños de su perro, un bonito pastor alemán, y ahora me duele recordar que en mis cumpleaños mi mamá primero me pegaba y me reclamaba por los gastos que haría para festejarme, y después comía pastel.

La dueña del perro se llamaba Lupe y por las noches trabajaba en un cabaret; todas las señoras que vivían en los cuartos de esa casa trabajaban en lo mismo, y creo que para ayudar a mi mamá, y que pudiera mantenernos, le ofrecieron que se dedicara a eso.

En un cuarto de azotea de la calle de Lerdo 61, en la colonia Gue-

rrero, comenzó el resentimiento de mi madre hacia nosotras, porque de otra manera, no me explico lo que te voy a contar.

Me gustaba sentarme a sentir el sol y a jugar con un gato mientras mi mamá dormía. Cierta día, una señora me acusó de haber tirado al gato desde la azotea y mi mamá le contestó que me castigaría. Vi cómo pelaba un cable de luz y cómo brillaba el cobre; con mucha paciencia lo trenzó hasta hacerlo más grueso. No supe para qué lo usaría hasta que, sorprendida, recibí varios golpes por algo que no hice. El dolor no se me quitaba y casi no podía caminar, no sé cuándo ni cómo se me curaron la espalda y las pompas, pero aún me duelen las cicatrices.

En las mañanas me daba una bolsa y unos pesos para que fuera a la tienda por leche y pan para Meche y para mí; no caminaba mucho, pero la gente siempre me decía que estaba muy chiquita para andar sola por la calle.

Mi hermana Meche tenía unos tres años y aún no caminaba; como yo era la mayor, tenía la obligación de ayudar a mi mamá. Ella prendía la estufa de petróleo y acercaba un banco en el que me subía para que moviera el atole, que era nuestro desayuno, con la amenaza de que si se tiraba o se quemaba, me castigaría.

Un día cualquiera volví a ver a mi papá, otra vez discutiendo con mi mamá. Se metieron al cuarto, y mientras jugaba a caminar por la orilla de la azotea, perdí el equilibrio. Lo único que me sostuvo para no caer al vacío fue un alambre que atravesó mi quijada. Mi papá me llevó cargando al hospital y cubrió mi cabeza con una manta, pero yo veía muy bien cómo la sangre caía al piso. Cuando llegamos con el doctor, sólo pude ver las luces de la lámpara y oír que pedían hielo para detener la hemorragia.

Este accidente me dejó tartamuda por un tiempo y agregó otra cicatriz a mi colección.

Una maestra me ofreció su ayuda para entrar a la primaria. Me puso ejercicios de lenguaje y al mismo tiempo me enseñó a leer y a escribir. Aprendí la letra manuscrita y me sentía muy orgullosa de

escribir así, pero al entrar a la escuela y no saber la letra de molde, la maestra me puso seis de calificación, lo que provocó el enojo de mi mamá y que me pegara de nuevo.

Tuvimos un ángel, una señora llamada Laura. La tía Laura, como prefería que la llamáramos, era una mujer muy bonita. Se peinaba con un chongo al estilo de los años sesenta, siempre estaba impecable y usaba unos aretes largos, como las bailarinas de las películas a go-gó. Cuando ella estaba en la casa, me ayudaba con los quehaceres y así mi mamá no me golpeaba.

Meche y yo usábamos zapatos de plástico y eso le desagradaba mucho a la tía Laura, así que nos compró los primeros zapatos decentes que recuerdo.

La última anécdota de esa casa es muy dolorosa. Al parecer, éramos blanco fácil de cualquiera de las mujeres que vivían ahí. Meche ya caminaba, porque la obligaban a ir caminando por su comida o la dejaban sin comer, y una señora la acusó con mi mamá de robarse un peso. Para reprenderla, mamá le metió las manos en el atole caliente para que no volviera a robar. ¿Robar? ¡Qué podía saber una niña de robar!

DEGOLLADO 54, ALTOS 1, COLONIA GUERRERO

En esta casa nació mi hermana Luisa y nunca esperé que con ella también llegara Héctor, mi padrastro, precisamente el día en que él cumplió quince años. Traía puesto un rompevientos amarillo y unas botas chuecas y abiertas del cierre; era tan flaco como un palo de escoba. Héctor no llegó solo, sino con un grupo de amigos iguales que él, borrachos y vividores a costillas de mujeres como mamá.

Lo oía ufanarse de que le quitaba el dinero y de que él y sus amigos podían entrar al cabaret siendo tan jóvenes.

Él se convirtió en el único interés de mi mamá, y hasta la fecha lo sigue siendo.

Si alguna importancia teníamos, la perdimos cuando él apareció, y con él llegaron más golpes. Me pegaba porque decía que me parecía mucho a mi papá y, niña al fin, lo acusé con él. Se enfrentaron a golpes y creo que la más perjudicada fui yo, porque mi mamá me pegó por chismosa y me amenazó para que no volviera a decir nada.

En mi cabeza, esta casa es oscura y parecía un laberinto de cuartos en los que entraba y salía gente todo el tiempo.

A mis cortos cinco años viví la fea y repulsiva experiencia de ver a mi mamá teniendo sexo con el mejor amigo de Héctor. Me levanté de la cama donde dormía porque unos ruidos me despertaron. No sabía lo que ocurría con exactitud, pero empecé a golpearlo en la espalda con una pala de cocina y le gritaba que dejara a mi mamá; hasta la fecha me es imposible olvidar esto.

Hubo otro señor, Ángel, que nos enseñó a comer con cubiertos, a comportarnos en un restaurante y que nos compraba ropa bonita, medallas y esclavas, aretes de oro para mi mamá, y nos llevaba a pasear. Aquello era muy bonito, pero cuando regresábamos a la casa nos quitaban todo y lo llevaban al empeño, y ese dinero lo utilizaban para comprar alcohol y emborracharse.

El señor Ángel le propuso a mamá que nos internara en un colegio a Meche y a mí y que ellos se casaran. Yo estaba dispuesta a todo con tal de que mi mamá fuera feliz, y cuando lo escuché dije que sí, pero la felicidad de ella no era lo que yo pensaba. Ella quería obtener dinero a como diera lugar para dárselo a Héctor, hasta llegar al punto de engañar al señor Ángel diciéndole que Luisa y mi hermano Miguel, que nació en este mismo edificio dos años después, eran sus hijos.

DEGOLLADO 54, ALTOS 5, COLONIA GUERRERO

Cambiamos de residencia, pues la familia crecía. Había nacido Miguel. Los pleitos, los castigos y los golpes aumentaban para nosotras. Cuando mamá se peleaba con Héctor, yo era la culpable, pues

según ella les hacía la vida imposible y se desquitaba con-migo. Ya acostumbraba pegarme con el puño cerrado, con lo que me sacaba sangre de la nariz y de la boca. Recuerdo que traía puesto un vestido color de rosa muy bonito que me rompió con los jalones; no supe cuándo se terminaron los golpes, pero se hacía de noche. Me quedé sentada en una sillita viendo mi vestido lleno de sangre y todo roto. Poco después regresó mi mamá. Limpió mi sangre y mis lágrimas, y le pregunté por qué me pegaba. Simplemente me contestó que a ella también le habían pegado; ésa era su excusa.

Me daba mucho miedo cuando se peleaban, porque Héctor no sólo golpeaba a mi mamá, sino también a nosotras. Como en muchas otras ocasiones, ella tomaba la ropa, nuestros papeles personales, las pocas fotografías que teníamos y los ponía en el centro del patio y los quemaba. Así nos quedábamos sin nada.

Después del pleito, mi mamá preparaba algo de comer y nos ordenaba a Meche y a mí que le lleváramos la comida a Héctor a la vulcanizadora, que estaba en la esquina de la calle. Apenas íbamos a mitad de camino, cuando ella nos alcanzaba, y jalándonos el cabello y dándonos de patadas nos acusaba de llevarle la comida a escondidas, de lo que resultaba otro pleito en plena calle en la que, como siempre, llevábamos la de perder.

Meche y yo hacíamos los quehaceres de la casa, lavar, limpiar, cuidar a los niños, y además íbamos a la escuela y éramos buenas estudiantes, pero encima teníamos que aguantar los castigos de Héctor. Por ejemplo, si las sábanas estaban rotas, nos acostaban en el piso y nos tapaban con ellas; si alguna otra ropa estaba rota, Héctor nos ponía a zurcirla, y como no sabíamos hacerlo, nos picaba las manos con la aguja. Una señora que vivía en otro de los cuartos se compadeció de nosotras y, aparte de darnos algo que comer, nos enseñó a coser para que ya no pasáramos por lo mismo.

Tenía que lavar los pañales de mi hermano Miguel, aun cuando estuviera lloviendo, y sólo me ponían un plástico en la espalda, porque para ellos ésa era mi obligación y tenía que cumplirla.

Meche también la pasaba mal cuando no cumplía con la dicho-sa obligación que nos impusieron, y el día que no le cambió correctamente el pañal, mi mamá le empujó la cara contra la suciedad y le pegó.

Un día alguien le dijo a mi mamá que en la ciudad de Matamoros se podía trabajar en la zona roja y ganar mucho dinero. Para ella fue muy atractiva la idea y nos dejó al “cuidado” de Héctor. A veces no lo veíamos en todo el día, sólo cuando llevaba algo de comer, que podían ser salchichas rojas con huevo y su refresco favorito, una Lulú roja, o en su defecto, un gansito y una Lulú.

Del dinero que mi mamá ganaba y que supuestamente mandaba para mantenernos, nunca vimos nada. El día que mi mamá regresó de Matamoros, fue porque le avisaron que Héctor ya vivía con otra. Llegó hecha una furia, pues le habían quitado al mantenido de su marido; la vi entrar directamente a buscarlos y armar tremendo pleito, pues mientras mi mamá sacaba a la mu-jer arrastrando de los cabellos, Héctor le pegaba a mi mamá. De nosotros ni siquiera se acordó, no éramos importantes y, por supuesto, nada cambió.

MOSQUETA (NO RECUERDO EL NÚMERO),
COLONIA GUERRERO

Aquí las viviendas tenían un sólo cuarto y una zotehuela.

Si el lavadero de esta casa se acuerda de mí, será por las dos o tres veces que mi mamá me azotó la cabeza contra él; me sangraba tanto la cabeza que, al agacharme, veía la sangre caer. La verdad, no entendía; yo siempre le ayudaba en todo lo que podía.

Por las noches, y como siempre, nos encerraba cuando se iba a trabajar y, entonces, la amiga (la señora Irma) nos invitaba a salir al patio a jugar. Para salir, teníamos que poner una escalera que utilizábamos para subir a tender la ropa, mientras la amiga, por su lado, acomodaba otra escalera. Nuestros juegos de niños, que nor-

malmente debían ser de día, eran de noche.

Las navidades con la señora Irma eran muy bonitas y divertidas, pues tenían el sentido de lo que era celebrar el nacimiento de Cristo.

Esa misma escalera nos dio tremendo susto cuando le sirvió a un ratero para entrar a la casa y amenazarnos para que le diéramos el dinero que había; el fulano buscaba por todas partes y, mientras yo escondía a mis hermanos debajo de una sábana, tomó un sacacorchos, me lo acercó a las costillas y se descubrió sus genitales. Yo estaba muy asustada. Mi hermano Miguel sacó su cabeza de debajo de la sábana y el ratero lo tomó por el cuello, donde le dejó sus dedos marcados. Mis demás hermanos empezaron a gritar, hasta que los vecinos tocaron a la puerta y preguntaban qué nos pasaba. El ratero subió la escalera y se fue.

Cuando llegó mi mamá, le platicamos todo, pero dijo que las huellas de los zapatos que estaban en la cama eran porque habíamos brincado en ella con los zapatos de Héctor y que nosotros habíamos lastimado a Miguel. Por más explicaciones que le dimos, no nos creyó. Al día siguiente fuimos a visitar a una amiga de mi mamá y en el camino vimos, en un puesto de periódicos, la noticia de que ese mismo ratero abusó de su mamá y la golpeó, pero que ya estaba detenido. Le enseñamos la fotografía a mi mamá, pero ni así nos creyó.

Hablando de rateros, una noche oímos que alguien corría por las azoteas. Todos los vecinos salieron y prendieron sus luces. La sorpresa fue descubrir que no era un ladrón, sino Héctor que salía de casa de la señora Rosalba, una aventura más del galán, que perdura hasta la fecha.

En este lugar, Meche salvó a mi mamá de ir a la cárcel, ya que había ciertas cosas que ella no hacía y nos mandaba hacer a nosotras. En una ocasión obligó a Meche a romper botellas de vidrio para tapar un hoyo de rata. Al estarlas rompiendo, le brincó un pedazo de vidrio en su mano cerca del pulgar, lo que le provocó una herida bastante profunda. Tuvieron que llevarla a la Cruz Roja y, cuando la revisaron,

los médicos se dieron cuenta de que en su cuerpo había demasiados golpes y llamaron a la policía. Al enca-rar a mi mamá con Meche, le preguntaron si la golpeaban, pero ella sólo volteó a ver a mi mamá y, entendiendo la situación, lo negó y dijo que se había caído.

CAMELIA 21, COLONIA GUERRERO

Un sólo cuarto y un baño comunitario para doce familias. Había un sólo lavadero disponible para los inquilinos, porque el otro era propiedad de la portera, así que a las cinco de la mañana tenía que levantarme a lavar la ropa de todos y los uniformes de Héctor en primer lugar.

Mamá seguía trabajando y fichando en el cabaret, como ella decía. Llegaba tan borracha, que Héctor aprovechaba para quitarle el dinero, así que ella lo escondía en los dobladillos de las faldas, en las puntas de las zapatillas o en el forro del abrigo; de lo contrario, ese día nos quedábamos sin comer. Sin embargo, Héctor terminaba por descubrir sus escondites, y si no había para comer, pues había que pedir.

El señor Luis era un amigo cariñoso de mi mamá que vendía pozole en el mercado de Garibaldi y era muy fácil mandar a dos niñas con una olla a pedir comida, no sólo para nosotras, sino tam-bién para los amigos de Héctor y mi mamá. Nos causaba mucho enojo, porque cuando nos veían llegar con la olla, la burla de sus empleados y el fastidio que él mostraba eran humillantes.

Una de tantas veces que nos mandaron a pedir vimos a mi pa-pá cenando con su nueva familia y no vimos nada malo en acercarnos a saludarlo. Cuando escuchamos que la señora le dijo a mi papá que no quería que volviera a vernos o a hablarnos, fue una de las últimas veces que lo vimos. ¡Cómo duele ser tan consciente a esa edad!

En esta casa me enteré de que mi mamá provenía de una familia trabajadora y adinerada, que tenía tías y primos que eran totalmente

diferentes y que llevaban una vida ajena a la nuestra, y a quienes también mi mamá utilizaba para pedirles dinero fingiendo que estaba enferma. Cuando mi tío Luis se dio cuenta, dejó de ayudarla. Descubrí que mi mamá los rechazaba, los odiaba y los consideraba culpables de que ellos fueran una familia y ella quedara huérfana desde muy pequeña.

Como éramos los hijos de la prima pobre, nos regalaban su ropa usada y, a veces, nos invitaban a comer. Lo que más me asombraba, sin embargo, era escuchar que mi mamá había asistido a las mejores escuelas, que la vestían con ropa muy fina y que vivía en una casa muy grande con sus primos, cuando a nosotros siempre nos dijo que su vida de niña había sido muy miserable, que nunca asistió a la escuela y que ni siquiera sabía leer ni escribir.

La escuela primaria a la que asistía era la única de la zona que se enorgullecía de que la mayoría de las madres de los alumnos trabajaban de tacón dorado; yo quería tanto a mi mamá que los comentarios no me hacían daño, tampoco las burlas de otros niños; en la fila de lo que más platicábamos era de si habíamos desayunado, algunos tomaban café negro a veces, y otras nada. Aunque no desayunaba, tenía que ser buena estudiante, así que una calificación menor a ocho ameritaba un castigo; tampoco podía ensuciarme el uniforme, si mis calcetas llegaban a mancharse, las lavaba en los bebederos y me las ponía mojadas, eso sí, muy blancas y limpias.

Para fin de cursos le pedía a Dios pasar de año y con buenas calificaciones, pero él no se apiadaba de nosotras. Cuando nos pedían los útiles escolares, era un miedo terrible, empezábamos a llorar desde que nos daban la lista. Llegábamos a casa temblando y abrazadas, porque ya sabíamos que nos golpearían y pagaríamos con sangre cada cuaderno; ni siquiera recuerdo haber disfrutado las cosas nuevas.

Como ya éramos grandes, teníamos que hacernos responsables de nuestros errores, así que si rompía un vaso o un plato, me tallaban las manos con los pedazos hasta sangrar, así sabríamos lo que costaban las cosas; según mi mamá, si los frijoles se quemaban, así

nos los teníamos que comer; si la leche se cortaba o se agriaba, así debíamos tomarla. Si mi mamá compraba algo de comer, no podíamos tocarlo hasta que ella nos diera permiso; podíamos ver la comida en la mesa, pero nunca tomarla.

Ya tenía unos diez años de edad y Meche nueve; como ella fue sietemesina, siempre se sentía feliz porque llegábamos a tener la misma edad antes de mi cumpleaños.

Estábamos creciendo y nuestro cuerpo se desarrollaba. No sé si era por el ambiente tan enfermo en que vivía mi mamá, pero en las noches, cuando regresaba, nos atormentaba revisándonos la ropa y el cuerpo, porque ya nos veía como las amantes de Héctor; era tal su crueldad, que yo prefería esconderme detrás del ropero para que no me viera, pero como nunca encontraba nada sospechoso, se desquitaba levantándonos a lavar el piso a las tres de la mañana.

Vi a mi mamá embarazada de mi hermana Clementina, con las piernas rotas por una golpiza que Héctor le propinó; la vi también regresar descalza, con la bata del hospital y cubriendo apenas a la niña con una manta.

Héctor descubrió nuestro miedo, así que Meche y yo siempre teníamos que salir de noche o de madrugada a comprar sus cigarros, su refresco o lo que se le antojara, sin preocuparse de que nos pasara algo. Y me pregunto, si no nos pasó nada, ¿fue que Dios nos cuidó?

DEGOLLADO 43, INTERIOR 3, COLONIA GUERRERO

El mundo que mamá nos organizó a sus tres hijas mayores se convirtió en un infierno o en un campo de batalla y los límites se perdían día con día. Héctor se sentía Pepe, el Toro, pero a diferencia de éste, él era golpeador y agresivo. Mi mamá nos decía que teníamos que aguantarlo y ella se desaparecía; la única forma de retener a Héctor a su lado era teniendo hijos, y aquí nacieron Héctor y Benjamín.

La política de Héctor era que tendrían los hijos que Dios les mandara, pero yo me pregunto: ¿por qué Dios le dio hijos a una mujer como ella, habiendo tantas mujeres que sufren porque quieren tener hijos?

Mis hermanos nunca me estorbaron, pero sí me preocupaban, pues hasta la fecha cada uno tiene algo que contar...

Las órdenes de mi mamá eran que teníamos que trabajar para ayudar con los gastos de la casa. Apenas tenía quince años y sueños y deseos de tener algo para mí, pero mi mamá nos quitaba todo el dinero que ganábamos, a tal grado que mi hermana Meche llegó al extremo de autorrobarse para pagar la comida en el trabajo.

La última vez que vi a mi papá fue cuando mi hermana Lupe hizo su primera comunión. Lo último que supe de mi hermana fue que vivía en Puebla, pero si me la llegara a encontrar, estoy segura de que no la reconocería.

El sadismo de mi mamá y sus armas para golpearnos se fueron sofisticando. Compró una vara de membrillo y la puso a remojar en agua; con cada golpe de esta vara gritábamos como animales porque se nos abría la piel. Mis hermanos ya habían probado la manguera de la lavadora y el cable de la plancha, y es fácil recordar cómo mi hermana Luisa llegó a dejar de llorar con los golpes.

La tortura psicológica se le da a la gente mala. Mi mamá nos bañaba junto al lavadero con agua fría y nos revisaba cada pedacito del cuerpo para ver si aún éramos señoritas.

No sé cuándo desarrollé el miedo a reírme, pues comencé a pensar que si lo hacía, algo malo me pasaría después, así que poco a poco empecé a evitarlo.

Mi hermana Meche odia las navidades y el Año Nuevo, pues lo que abundaba no eran buenos sentimientos, ni la celebración del nacimiento del Niño Dios, ni la unión familiar, sino el alcohol, los borrachos y sus consecuencias. Una Navidad, Héctor estaba tan perdido que nos desconoció; a mi mamá le volteó la comida en la cabeza y ella ni siquiera se dio cuenta, sólo se la quitaba de

encima y se la comía; él ya estaba loco, agarró un machete y empezó a destruir todos los muebles, pensé que me mataría, pero traté de proteger a mis hermanos y, como pudimos, nos salimos del cuarto. Ya de madrugada, mi hermana Luisa entró a la casa para ver cómo estaban, pues ella, a pesar de todo, quería mucho a Héctor, como si fuera su padre. Tardó tanto en salir, que me asusté y entré, pero más me asusté cuando vi que Héctor la estaba ahorcando con un mecate. Tomé una botella de refresco y se la rompí en la cabeza. Salimos corriendo y él detrás de nosotras. Si los vecinos no lo hubieran detenido, no sé qué nos hubiera pasado. Desde ese momento le declaré la guerra a Héctor, hacía todo lo posible por enfrentarlo y demostrarle que yo había crecido y que jamás volvería a golpearme.

Ya tenía diecisiete años, cuando un día llegé de visita Armando, antiguo amigo de ellos que esporádicamente los visitaba. Yo era muy recelosa y no aceptaba consejos ni regaños de otra gente, por lo que no me agradó mucho cuando me reconvino porque iba a una fiesta con puros amigos. A simple vista me juzgó, pero creo que se fijó en mí, porque regresó con una invitación al teatro y a cenar. Lo rechacé, así que invitó a Luisa, y ella me platicó luego cómo estuvo la noche. Como me dio curiosidad, a la segunda invitación, acepté.

Tengo que decir que me llevó a lugares que yo sabía que existían, pero que no pensé conocer jamás. El mundo en el que vivía no me dejaba ver más allá de las puertas de la vecindad.

Él cambió mi vida. Mi relación con Armando me volvió más fuerte y desafiante; salí con él a pesar de los comentarios malsanos que familiares y amigos se encargaban de hacer.

Su experiencia de la vida también me agradó. No sólo me escuchaba, sino que me ayudaba y me preguntaba qué clase de vida me gustaría tener. Empecé a soñar con una familia propia, con hijos y con la posibilidad de que no faltara el pan en mi casa.

Me ayudaba mucho y hasta me daba dinero cuando no me pagaban mi sueldo a tiempo, porque ya sabía que mi mamá me golpearía. Aun así, estaba tan dañada y con tanto resentimiento hacia los hombres —y sobre todo porque era amigo de Héctor—,

que me atreví a decirle que aceptaba ser su novia, pero que no lo quería. No sabía cuánto terminaría amándolo y deseando haberlo conocido más chica para ser feliz. Este comentario le provocaba risa y me decía que, entonces, los problemas los tendría él.

Pasó un año desde que empecé a salir con Armando. En mi casa todo iba de mal en peor, así que aproveché un día que fuimos a una fiesta para pedirle que no me llevara de regreso a mi casa. No regresaría más a ese lugar. Platicamos durante un rato y fue entonces cuando le propuse que se fuera conmigo. Él aceptó, de alguna manera sabía que me podría cuidar. Lo único que me apena de esta situación fue que Héctor golpeó a todos mis hermanos porque me fui de la casa. Así empecé a vivir con Armando en otro lugar.

JUAN HERNÁNDEZ Y DÁVALOS 35, COLONIA ALGARÍN

Poco antes del mes quedé embarazada. Armando dice que lo notó porque al verme de espaldas vio que mis caderas estaban más anchas y comentó: ¡Ésa es mi mujer!

Como su hermano Mario es médico, fuimos con él y nos lo confirmó. Por primera vez mi vida era tranquila. Un día Meche y Luisa me visitaron, enviadas por mi mamá, porque aún tenía que ayudarlos. Pasamos un día muy bonito y sin penas. De regreso a su casa, mamá les preguntó cómo les había ido. El solo hecho de saber que fueron felices por un momento la molestó tanto que las corrió de la casa y se fueron a vivir conmigo.

Durante mi embarazo fui muy cuidada, consentida y atendida; comía todo lo que deseaba, pero, sobre todo, sabía que era un hijo deseado y amado por sus padres.

El 9 de enero de 1982 nació Sonia, una cachorrita, como dijo la doctora que me atendió. Todos estábamos felices, también la familia de Armando. Cuando se enteró mi mamá, fue a verme al hospital, pero llegó borracha. Se cayó encima de mí y me lastimó, ya que me

habían hecho cesárea. Armando se molestó y procuró abreviar la visita. Antes de irse, mi mamá conoció a Sonia, pero días después me enteré de que decía que la niña tenía ojos verdes y que no era hija de Armando. Me dolió mucho ver que a mi mamá no le importaba seguir haciéndome daño, así que opté por alejarme de ella.

Cuando Sonia iba a cumplir su primer año de edad, Armando me dijo que me reconciliara con ella y que la invitáramos al cumpleaños de la niña.

Mi vida con mi pequeña familia era feliz, aunque sé perfectamente que por la infancia que viví, yo tenía cientos de problemas emocionales. Le pedí a Armando que jamás me dijera una grosería y que jamás se atreviera a golpearme; él así lo aceptó y lo respetó hasta hoy.

Yo tenía un sueño muy recurrente: estaba en un parque bajo la sombra de un árbol, recostada sobre las piernas de un hombre al que jamás le veía el rostro. Cuando comencé a vivir con Armando, el sueño desapareció.

ANTONIO GARCÍA CUBAS 10, INTERIOR 3,
COLONIA OBRERA

Nos cambiamos de casa porque la anterior fue demolida.

Cuando Sonia tenía casi tres años, ya me preguntaba por un hermanito, y aunque sentía que con ella éramos muy felices, comencé a pensar en otro bebé.

Volví a embarazarme y casi de inmediato supe que era un varón; también me llegó un miedo que no sabía cómo explicar.

Fue otro hermoso embarazo. Esta vez parecía pingüino y nos daba risa mi forma de caminar y que no pudiera verme los pies. Una noche

me desperté sobresaltada, pues escuché a mi bebé llorar dentro de mi vientre. Desperté a Armando para contarle y él me dijo que era imposible. En ese tiempo Luisa vivía con nosotros y me ayudaba, pues sin saber por qué, durante los nueve me-ses todos los días se me bajó la presión.

El 9 de marzo de 1985 nació mi hermoso pollito; estábamos muy contentos porque ya teníamos la parejita y, por supuesto, se llamó igual que su papá.

Yo le daba gracias a Dios por lo que tenía. Mis dos hijos estaban sanos, y Armando y yo nos seguíamos conociendo, amando, entendiendo y respetando.

Cuando nace un bebé, te preguntas qué sigue, pero yo ya lo sabía. Era feliz dándole a mis hijos los cuidados y atenciones que yo no tuve. Armando y yo platicamos acerca de tener sólo dos be-bés, pues esto para mí tenía un significado. Si tenía dos manos, con cada una tomaría a uno de mis hijos; si éramos dos padres, podríamos atender a cada uno, así que Armando aceptó no tener más familia.

Para cuando nos dimos cuenta, Armando había cumplido ya su primer año y Sonia cuatro. Ella ya era grande y quería entrar al kinder, todo parecía un cuento de hadas; la niña era feliz y Armandito pronto la acompañaría. Cuando él entró al kinder nos preocupaba que hablaba mucho en la casa, así que pensamos que nos llamarían pronto para reportarlo, pero al contrario, estaba feliz por ir a la misma escuela que su hermana.

Cuando Sonia cursaba la primaria, era un ejemplo para Armando, pues además de aprender más rápido, igualó a su hermana en ser muy buen alumno.

Durante toda la primaria nos llenaron de satisfacciones y llovieron elogios de sus maestros. En la escuela se hacían obras de teatro, bailables y festivales en los que participaban con gusto, y nosotros, como padres, los ayudamos siempre. Medallas y diplomas por su promedio reconocieron su esfuerzo, luchaban por conservar el primer lugar y aun así los lazos de amistad que hicieron

con sus compañeros y maestros son invaluableles.

Con otros padres hicimos amistades que hasta el día de hoy conservamos; era otro mundo, madres y padres a los que les importaban sus hijos.

Sonia se fue primero a la secundaria, y entre las actividades de este nivel, le interesó entrar a la banda de guerra. Al mediodía Armandito me acompañaba a recoger a su hermana y también se entusiasmó con la banda de guerra; el maestro lo aceptó y su hermana lo ayudó a integrarse. Como Armandito tenía asma, el médico nos dijo que era bueno que tocara la corneta para fortalecer sus pulmones, así que todo estaba resuelto.

Su papá y yo los apoyamos, lo que dio por resultado una bonita aventura entre padres e hijos, las cosas no podían ir mejor y el tiempo volaba; cuando nos dimos cuenta, Armando tenía que entrar a la secundaria.

A pesar de tener su lugar en una escuela, se emocionó mucho cuando se enteró del proyecto de la secundaria de Fundación Azteca. Lo acompañamos a sacar su solicitud y su promedio de diez le abrió las puertas para el examen de selección. Hicimos todos los trámites, presentó el examen y, a unos días de iniciar clases, su nombre apareció en la lista de aceptados en Fundación Azteca. En ese momento él era uno de tantos niños felices por su logro.

Esos tres años de secundaria le significaron esforzarse, estudiar, luchar por sus ideales, reforzar sus valores y compartir sus logros con sus padres y su hermana. Se relacionaba muy bien con maestros y compañeros, hizo una bonita amistad con la entonces directora, y me asombraba que siempre estaba en el cuadro de honor, entre los primeros lugares. Entregaba trabajos escolares de los que a veces dudaban que fueran hechos por él, fue jefe de grupo, representante de la escuela en concursos y perteneció a la escolta gracias a su promedio. Fue presidente de la Sociedad de alumnos y el orador del discurso de clausura de la primera generación.

Él estaba feliz, orgulloso de sí mismo, y nosotros y toda nuestra

familia también.

Sonia en este lapso dejó pasar dos años de su preparatoria, pero me enseñó que necesitaba su tiempo, necesitaba tomar sus propias decisiones, pues siempre estuvo en un ambiente escolar que incluía atención a niños y jóvenes, donde aprendían a razonar y a exigir sus derechos, donde había actividades que incluían a los padres y, de repente, se enfrentó al sistema de la UNAM, donde poco o nada les importan los jóvenes, y los muchachos que quieren estudiar son relegados. Así pues, se inscribió en una preparatoria particular, que le otorgó media beca. Como buena estudiante, empezó a ganarse el reconocimiento de sus maestros y amigos y resultó ser buena maestra, pues ayudó a varios de sus compañeros a mejorar en sus calificaciones y obtuvo el mejor promedio y el privilegio de ser la oradora de su generación.

Armandito sólo cursó un año en la preparatoria de Fundación Azteca, pues tenía una finalidad técnica y no había la posibilidad de estudiar en un área que le permitiera cursar posteriormente la licenciatura en derecho. Cuando Sonia estaba en tercer grado, Armando se inscribió en segundo en la misma escuela. Así llegaron muchos proyectos y satisfacciones, y apenas cumplió los dieciséis años, ya quería comenzar a trabajar.

Como no tenían ningún problema escolar, lo que les sobraba era tiempo, y conociendo a mis hijos, sabiendo que necesitaban hacer algo en las vacaciones, les dije que buscaran trabajo. Así fue y Armandito entró a McDonald's.

Como era un trabajador honesto, noble y responsable, se ganó el respeto de sus compañeros. Al terminarse las vacaciones, debía presentar su renuncia para volver a la escuela, pero la gerente de esa tienda le dijo que era un buen empleado, que aprendía muy rápido y que no se fuera, que escogiera su turno y horario. Llegaron al acuerdo de que trabajaría los fines de semana, y en vacaciones, todos los días.

Si pudiera expresar todos los logros de mis hijos, no los creerían.

Sonia, por su parte, entró a trabajar en una tienda de helados y café, y de empleada fue ascendida a encargada de tienda en tan sólo cuatro meses, donde demostró su capacidad.

Entre las amistades que empezó a tener Armando en la preparatoria, estaba Daniel, pieza importante en esta historia, que además vivía a una calle de nuestra casa y con el que empezó a llevarse muy bien, se ayudaban en la escuela y la amistad creció. Daniel también le presentó a mi hijo a cinco chicos más: Ismael, hermano de Daniel; Jaime, compañero de la escuela; Edgar y Armando, que viven en el mismo edificio que Daniel, y Aldo, que vive cerca de la casa.

Siempre les dijimos a nuestros hijos que podían traer a sus amigos a la casa, así que durante la época escolar nunca faltaban compañeros, que eran bien recibidos por nosotros. Tuvimos oportunidad de conocer a varios chicos y de que nuestros hijos confiaran en nosotros, pues como padres estábamos para apoyarlos y ayudarlos.

Armando ya estaba en tercer grado, estudiaba y trabajaba, lo que es bastante desgastante. La mayoría de las veces su papá le aconsejaba que se diera tiempo para otras actividades y para su vida personal, pero a él no le corría prisa, siempre decía que todo a su tiempo.

Hacía planes y proyectos de vida, quería ser un abogado de prestigio, trabajar mucho, tener su casa y su carro, viajar, ser exitoso; platicábamos mucho y compartía con nosotros sus deseos; estaba tan lleno de vida, era tan risueño, alegre, fiestero y sano, que no podíamos pedir más.

Nuestra vida cambió a partir de mayo de 2003. Como mamá, era difícil descansar mientras mi hijo no llegara a casa, así que lo esperaba despierta. Una noche que Armandito regresó de trabajar, se sentó casi de inmediato y comentó que se había cansado, lo que resultaba raro, pues normalmente subía las escaleras de dos en dos. Sin más le contesté que era sólo cansancio, pues ya se acercaba el fin de curso. Faltaban sólo unos meses para finalizar y estaba comprometido en la escuela preparando a la escolta, sus exámenes, trabajos escolares

y además con el trabajo.

Así, de repente, empezó a llegar cansado. Un día no pudo presentarse a la escuela ni a trabajar porque le dio un fuerte dolor en el pecho. Lo llevamos a la clínica de urgencias y el doctor que lo atendió dijo que sólo se trataba de un dolor muscular. Le dio su medicamento y un comprobante de incapacidad. Su papá le pidió entonces que renunciara al trabajo, pues estaba exhausto por tanto compromiso.

Regresó a su trabajo en el horario nocturno, pero esa noche nos habló por teléfono. Nos pidió que fuéramos por él, pues se había sentido muy mal y casi se desmaya.

Siguió asistiendo a la escuela y en una ocasión, cuando ensayaba con la escolta, se desmayó. Algunos compañeros lo trajeron a casa y no le dio importancia, dijo que quizá fue porque no había comido.

Junio y julio eran los meses para preparar y cumplir los requisitos para la universidad y eso lo mantenía ocupado y entretenido. Hizo su examen de admisión y llegó el fin de curso y la ceremonia de clausura. Al igual que su hermana, obtuvo el mejor promedio de su generación y nuevamente fue el orador.

Todo era hermoso y, una vez más, le dije a Dios que no me die-
ra nada material, si a cambio me quitaba a alguien de mi familia. No le pedía nada, pero que tampoco me quitara.

Para agosto Armando había sido aceptado en la universidad. Ya era grande, tenía dieciocho años y había sacado su credencial de elector. Le dijeron que se presentara a tomarse la fotografía para la credencial de la universidad y él notó que estaba muy hinchado. Sorprendido, comentó que ya tenía algunos días que no comía bien y se extrañó mucho de que su pecho y su cintura estuvieran tan hinchados.

El 8 de septiembre se iniciaron las clases en la universidad, en la Facultad de Derecho en la UNAM. Asistió sólo los primeros cinco días, pues aunque tenía ánimos para la escuela, que era su prioridad, cada día regresaba más cansado.

Se fue agravando y presentó molestias en la garganta, casi no po-

día respirar. Lo llevamos a un médico cercano y le dio medicamento para la garganta; no me dijo nada raro.

Al otro día estaba peor. Lo llevé de nuevo al doctor y me comentó que quizá se había intoxicado. Nuevamente le mandaron medicamento, pero su estado físico ya me alarmaba. Cuando llegó su papá, le pedí que lo lleváramos con su hermano Mario, el médico, pues esto ya pasaba de ser una simple enfermedad de la garganta.

El 13 de septiembre de 2003 encontré a mi hijo sentado en el sillón, en su rostro se notaba que no había dormido en toda la noche. Me comentó que no podía respirar. Platicamos por un rato que quizá serían sus amígdalas infectadas o que el asma le estaba dando problemas, así que en cuanto llegara su papá de trabajar, iríamos al consultorio de su tío.

Llegamos al mediodía, esperamos la consulta, y cuando Mario lo revisó, salió muy consternado. Armandito tenía bronquitis. Nos dijo que estaba muy mal, pues ya tenía las orejas y el cuello morado, así que debía quedarse internado.

Nos recomendó traerle su pijama y artículos personales. Mario ya había ordenado unas radiografías de urgencia y, con las placas en la mano, nos pidió que nos sentáramos y escucháramos atentos y tranquilos. El primer diagnóstico fue un derrame pleural y cardiomegalia en grado dos; en ese momento Mario nos dijo que su vida cambiaría, pero no imaginábamos cuanto.

Lo primero que le pregunté fue que cuántos años viviría, pues inmediatamente pensé en todos sus proyectos, ya que todo sería diferente.

Días después mi hijo nos pidió a su papá y a mí que le ayudáramos a conseguir un permiso para justificar sus faltas y no perder su lugar en la universidad. Visitamos a cada uno de sus maestros y dimos todas las explicaciones; ellos fueron muy razonables y atentos.

El 15 de septiembre, gracias al medicamento, había eliminado líquidos y el derrame pleural cedía. Volvimos a casa con recomendaciones y una dieta para él. Cada dos o tres días le tomaban ra-

diografías, análisis de sangre y ultrasonidos.

Con mucho esfuerzo y cuidados, regresó a la facultad. Nuestro hijo habló con nosotros y nos dijo que aunque su vida cambiara, eso no le impediría estudiar. Sólo fueron unos días más; subir escaleras o caminar resultaba un esfuerzo agotador, y aunque le pedíamos que usara el elevador en la facultad, se negaba, pues qué iban a decir si un joven tan sano ocupaba el elevador que era para personas con alguna discapacidad.

Su papá lo llevaba todas las mañanas a la escuela y un día a la semana yo lo acompañaba. Me pedía que lo dejara al pie de la escalera para ir a su salón de clases, yo me quedaba angustiada por no estar cerca de él.

Las esperanzas iban y venían, pues el derrame volvió a aparecer. Armandito vio una de las radiografías y dijo que esto estaba muy mal; como Mario ya había diagnosticado cardiomegalia 2, nos recomendó arreglar sus papeles y requerimientos para tratarlo en el Seguro Social y canalizarlo a Cardiología.

Visitamos al médico familiar para que nos diera el pase a la especialidad. Como llevábamos una buena cantidad de radiografías, el doctor nos pidió que le regaláramos una para su clase, así sus alumnos estudiarían el caso, sus consecuencias y la cura.

Lo que relato a continuación sucedió muy rápido. Se reunieron de cuatro a ocho médicos para revisar el caso, que era alarmante; el médico familiar le dio el pase con carácter prioritario.

El 9 de octubre no queríamos dejarlo solo en la casa, así que le pedimos que nos acompañara a comprar el seguro del taxi en el que trabaja su papá. El movimiento del carro lo cansó y nos pidió que lo trajéramos a casa, que él estaría bien. Tuvimos que volver a salir, y un poco más tarde llamó a su papá al celular y le dijo que estaba vomitando flemas con sangre, que había localizado a su tío Mario, y que pidió que lo lleváramos pronto al hospital. Volvió a quedarse internado y pasó la noche lo mejor que pudo, pues el dolor cedía muy poco.

En la mañana del 10 de octubre se acrecentó el dolor. Con la fiebre y la dificultad para respirar, Mario nos dio una carta y con todo y suero nos mandó a urgencias de Cardiología en el Centro Médico, pues también presentaba síntomas de embolia pulmonar.

Lo ingresaron en urgencias. Le ayudé a quitarse la ropa, le asignaron una cama y entregué todos los exámenes y estudios que le habían hecho. Por un momento sentí que no le hacían mucho caso, me dijeron que debían revisar todo y nosotros esperar.

Pasó casi una hora. Salió una doctora y dijo que le habían hecho una punción en el pecho, pues presentaba un derrame en el pericardio y que lo subirían a piso.

La doctora me explicaba esto tan rápido, que cuando se lo comenté a su papá, le dije también que ella no me había mirado a los ojos y que algo estaba mal.

Cuando lo volvimos a ver, lo llevaban en una silla de ruedas y volteó a buscarnos, cuando nos vio nos saludó alzando su mano y con una sonrisa. Esa noche nos platicó que cuando le hicieron el ecocardiograma en urgencias, escuchó a los médicos comentar que tenía un tumor. Si él no les hubiera advertido que sentía que se desmayaba, hubiera muerto en urgencias.

Los rumores de huelga en el Centro Médico eran cada vez más fuertes y, por lo mismo, estaban dando de alta a pacientes a diestra y siniestra, entre ellos a nuestro hijo. Un doctor, amigo de Mario, se enteró y consiguió una carta para que no lo dieran de alta. Resultó efectiva, pues el 13 de octubre nos avisaron que al día siguiente entraría a cirugía y me pidieron que firmara la autorización.

El 14 de octubre, alrededor del mediodía, prepararon a mi hijo y un par de cirujanos bajó por él.

Mientras, su papá y yo aguardábamos sentados a la salida de la rampa de quirófanos, encima de paquetes y una colchoneta. Era mucha la incertidumbre y no sabíamos qué esperar, pero manteníamos las esperanzas de recibir una buena noticia. El personal de vigilancia y algunos familiares de otros pacientes nos decían que

no podíamos quedarnos en ese lugar, pero queríamos estar lo más cerca posible para cuando nos llamaran.

A las nueve de la noche salió uno de los cirujanos y nos explicó que le habían practicado una ventana pericárdica (incisión de diez centímetros) y que le estaban drenando el líquido que tenía. Tomaron una biopsia; también nos dijo que el cirujano en jefe sospechaba que era un tumor o cáncer, que esperáramos el reporte de las doce de la noche.

El mundo se nos empezó a caer y el llanto se asomó cuando no pudimos evitar el sufrimiento. Las personas que nos miraban y que estaban pasando por el mismo trance nos consolaban; lo curioso es que todos pensaban que eran designios de Dios y que la enfermedad de nuestro hijo era para poner a prueba nuestra fe.

A la medianoche llamaron a los familiares para que cada uno entrara a ver a su paciente por sólo quince minutos, pues estaban en terapia intensiva. Armando me dijo que entrara yo, pues él ya imaginaba cómo estaba su hijo. Casi corrí por la rampa y obedecí todas las instrucciones: usar tapabocas, bata, lavarse las manos antes de entrar. Cuando lo vi en la cama inconsciente y lleno de tubos, con tantos aparatos, sondas, un respirador artificial, suero y la máquina que drenaba el líquido de sus pulmones, la realidad me dio una bofetada.

Sin que supiera que yo estaba ahí, me acerqué y le hablé suavemente. Él trató de abrir los ojos, pero no pudo y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Tomé su mano porque no podía acercarme más, ya que los tubos que tenía en su cuerpo me lo impedían. Salí llorando con tanta desesperación que sólo pude ver los brazos de Armando que me envolvieron y no sé cuánto tiempo lloramos juntos.

Creo que fue mejor que su papá lo viera sin los aparatos. Debíamos quedarnos dos familiares en terapia intensiva para cualquier informe o situación que sucediera, así que nos instalamos en el piso para tratar de dormir un poco.

Dios sabe cuánto empezamos a pedir y a rogar por nuestro hijo.

A las cinco de la mañana ya estábamos listos para el reporte. Cuando entré ya no tenía el respirador y casi sin poder hablar me preguntaba por qué habíamos permitido que le hicieran eso.

En el transcurso del día, y en la media hora de visita permitida, lograron entrar a verlo familiares y amigos, ahí encontramos gente buena, médicos y enfermeras, pero también a personas a las que no les importa el dolor de los pacientes.

Su tío Mario lo visitó y como médico del Seguro Social encontró a uno de los cirujanos que lo atendió. Resultó que había sido su alumno y le confió la gravedad de la enfermedad; le dijo que estuviéramos preparados para cualquier cosa.

Armandito tenía un dolor insoportable y Mario recomendó comprarle un analgésico más fuerte. Se lo dimos al médico en turno y le pedimos que por favor se lo inyectaran. El doctor no quiso, a pesar de que mi hijo le decía que el dolor era insoportable. Entramos a ver a su superior y sólo así se lo aplicaron.

Cada vez que entrábamos a terapia intensiva, nos decían que no lloráramos para que los enfermos no se preocuparan y su recuperación fuera más rápida. Con mi hijo, la recuperación fue satisfactoria y a los cinco días lo mandaron a piso para ver cómo evolucionaba la cirugía.

El peregrinar en un hospital es algo terrible, ya que siempre buscas que los médicos te den buenas noticias. En todos los horarios preguntábamos a los médicos de guardia y al médico que tenía a cargo el área donde estaba Armandito, pero nadie nos decía nada concreto, aunque siempre sospechábamos que sabían más de lo que nos decían; así pasaban los días y la incertidumbre crecía.

Por recomendación y amistad con la directora del kinder en el que habían estado Armando y Sonia, conseguimos una entrevista con el director de Oncología, en el área de Pediatría, que visitó a nuestro hijo y se entrevistó con el médico a cargo.

Sólo me pudo decir que ningún médico quería ponerle nombre y apellido a la enfermedad de mi hijo.

En el hospital, quienes conocían a Armandito le preguntaban qué hacía y cuáles eran sus proyectos. Él platicaba sobre su trabajo y sus estudios y esto los impresionaba, que un chico tan joven y activo tuviera una enfermedad tan terrible.

Durante todo este tiempo sus amigos Daniel, Mónica, Edgar, Ismael, Armando, Lupe, Ixchel, Alicia, Gaby, Rodrigo, Jaime, Eloísa y Alejandra, por mencionar unos cuantos, siempre lo visitaban.

Sonia y su novio procuraban estar en la visita de la mañana y en la de la tarde.

Nuestros amigos, familiares y amigos de Sonia siempre estuvieron pendientes; Irving, el novio de Sonia, y mi hermano Miguel fueron los donadores de sangre requeridos por el hospital.

El 23 de octubre lo dieron de alta. Había evolucionado bien y con todos los análisis y notas de Cardiología (ecocardiograma transesofágico y tomografía computarizada) lo canalizaron a Oncología, donde le practicaron una broncoscopia, estudio para el que Armandito requirió de un valor que cada día necesitaría más y más.

Su tío Mario revisaba la evolución de su tratamiento y nos acompañaba a las consultas, para nosotros significaba mucho, porque nos explicaba lo que ocurría.

A veces, en las consultas, Armandito se sentaba en el balcón central de Oncología, cruzaba las piernas como si fuera a meditar y desde ahí nos observaba. Para mí era como verlo flotar en el aire; en él siempre había una sonrisa. Ese otoño era muy frío y adelantaba que el invierno sería más fuerte. Mi hijo ya presentaba síntomas de tener siempre frío y perdía peso progresivamente. A mi esposo se le hacía cada vez más difícil dejarnos solos.

En Oncología, cuando revisaban las placas, ya fueran radiografías, tomografía o ecocardiogramas, había una reunión de médicos en la que todos opinaban, comentaban y señalaban, pero nadie nos decía nada en concreto, seguían los estudios.

Armandito tenía que programar una cita en el hospital de Especialidades, pues de Oncología pidieron una resonancia magnética.

Mario nos acompañó para que le dieran la cita lo más pronto posible. La señorita que nos atendió tomó en cuenta que, además de ser médico del Seguro, era su familiar y le dio la cita para el 2 de diciembre.

Nos presentamos a las siete de la mañana. Cuando lo llamaron, vimos nuevamente la reunión de médicos para observar la resonancia. Cuando salió, nos informaron que los resultados estarían por la tarde. Regresé con Armando, pero el técnico me dijo que me los entregaría al día siguiente, pues no quería hacer un mal diagnóstico, debía observarlo con detenimiento.

Al otro día Armandito me acompañó al hospital, mientras su papá nos esperaba en el coche. Cuando pedimos la resonancia, nos hicieron pasar. El doctor que me lo entregó me dijo que había retenido la placa porque mi paciente debía estar muy enfermo y seguramente en cama, pues el diagnóstico era muy malo. Me preguntó si era mi papá, pues la lesión era como de un hombre mayor. Mi hijo le contestó que él era el paciente. El médico entonces le dijo que le daba mucho gusto verlo de pie y caminando, que le deseaba buena suerte. Era un hecho que nuestro hijo ya no podía caminar de prisa, que usábamos el elevador porque las escaleras lo agotaban y que de regreso a casa lo cargábamos, aunque él no quisiera, pues una de sus penas era sentirse imposibilitado.

El 8 de diciembre teníamos que llevarlo a un análisis de sangre. Mientras esperaba su turno, hizo esfuerzos para sentarse en el balcón, se impulsó y casi pierde el sentido. Me asusté mucho. Una de las personas que estaban ahí le regaló un dulce. Él no sabía lo que le había pasado y esa misma mañana debíamos pasar a cardiología para otro ecocardiograma. Pasó a que le hicieran el estudio y él me hizo notar cómo se reunían los médicos para revisar el video. Cuando lo miré a los ojos, le brillaban como si fuera a llorar, se recargó en el marco de la puerta y aun estando tan pálido, me sonrió.

Tardaba en salir, por lo que un doctor me informó que sería internado. Llamé por teléfono a su papá y a su hermana y esa tarde se quedó de nuevo en el hospital.

Volvimos a movernos con todo, pues yo me quedaba en las noches con él, en una colchoneta que acomodaba a un lado de su cama. A veces me pedía que me recostara con él en su cama, pero estaba prohibido. Me dormía tarde para estar siempre al pendiente; como muchos familiares, lo acompañaba a bañarse, pues tenía que estar listo antes de la revisión.

Ese día, Dios nos puso enfrente al doctor Magaña, el único que se interesó en darnos un verdadero diagnóstico.

Armandito estaba cada día más apesadumbrado, aunque no lo decía. Es sabido que la comida del hospital no le apetece a nadie y para entonces él ya había perdido mucho peso, así que su papá y yo tratábamos de llevarle algo de la comida que le gustaba y Sonia le llevaba chocolates de contrabando. Los médicos y enfermeras no nos reprendían, pues la pérdida de peso era ya un síntoma grave. Por las noches bajaba hasta el sótano, adonde llegan las enfermeras, y compraba chocolates en la máquina; para que no nos descubrieran, los regaba a un costado de él en su cama y así nos los comíamos.

Armando y yo tratábamos de estar con él todo el tiempo que podíamos. Su hermana tenía que trabajar, sobre todo porque ya había hecho planes con su hermano para organizar una posada donde estuvieran todos sus amigos por última vez, y Sonia había ofrecido costear la fiesta.

El doctor Magaña pidió el video del ecocardiograma y no se lo dieron, le dijeron que lo podía ver en Cardiología. Se dio cuenta de que el tumor ya había invadido 90% de sus arterias. Nos dijo que su corazón era tan noble, que la sangre rodeaba el tumor para seguir circulando.

Se interesó mucho en su caso porque el tumor, ubicado en la aurícula derecha, no era común en un hombre. Su caso era, por así decirlo, el primero en el Centro Médico y el segundo en el país, ya que ocurre uno en seis millones.

Armandito le dijo al doctor que ya quería regresar a su casa, pues tenía una posada el 20 de diciembre. El doctor le pidió que se que-

dara a una biopsia que le harían con un catéter. El 12 de diciembre se llevó a cabo y nos informaron que era un sarcoma.

La tristeza de mi hijo era tan grande en ese momento, que la noche del 16 de diciembre me dijo que ya quería irse a su casa, a su cama, donde estaban sus cosas, a comer su cereal. Su desesperación nos unió en un abrazo y por primera vez lloramos juntos, después llamé a su papá y le avisé que al otro día nos íbamos a casa como fuera.

Como siempre, Armando llegó temprano al hospital. En cuanto apareció el doctor Magaña le informamos de nuestra decisión. Al principio estuvo renuente, pues le preocupaba nuestro hijo, pero accedió a darlo de alta y se responsabilizó de su salida.

Ese mismo día tenía que pasar también a Oncología a que lo dieran de alta en este servicio. Primero nos pasaron a la sala de tránsito y, mientras esperábamos, vio pasar en una camilla a una joven sin cabello, ojerosa y delgada por la quimioterapia. Al ver que su mamá le cambiaba el pañal y la atendía como a un bebé, me hizo prometerle que él no pasaría por lo mismo.

El doctor Kelly, director de Oncología, leyó el informe y le dijo que con el diagnóstico de sarcoma, no se dejara operar más, pues no habría ninguna posibilidad. Si alguna vez había sido candidato a trasplante de corazón, el sarcoma indicaba que ya se había diseminado por todo su organismo y lo volvería a invadir en cuestión de días y en cualquier órgano vital.

Su salida del hospital fue apoyada con analgésicos narcóticos y no narcóticos, diuréticos y antiagregantes plaquetarios.

Llegamos a casa e inmediatamente, su tío Mario empezó a visitarlo diariamente por la mañana y por la noche.

Fuimos adaptando la casa a sus necesidades. Su tío Gerardo y su familia nos facilitaron una silla de ruedas; cuando tenía visita, procuraba y nos pedía que lo arregláramos para estar presentable. Cuando salía de su habitación, caminaba apoyándose en mi hombro, pues decía que podía estar enfermo, pero que jamás lo verían derrotado.

Todos los días recibía visita de Daniel, Ismael, Edgar, Armando,

Jaime y Aldo, la "Firma 16", como se autonombran.

Mónica, su amiga de la secundaria, venía casi a diario, y también llegaban amigos de primaria, secundaria, preparatoria y familiares, nadie podía creer que estuviera tan enfermo, su fortaleza de espíritu era formidable.

Los preparativos para la posada seguían su curso. Amigos y primos lo acompañarían el 20 de diciembre en su fiesta de despedida.

Le compramos piñatas, unas estrellas muy grandes, de colores brillantes, como Armandito las pidió. Muchos de sus amigos no sabían que estaba muy enfermo, que tenía cáncer. Nosotros nos encargamos de preparar la comida, la bebida y los dulces para la piñata; la música que tocaría la grabó él mismo durante la noche, ya que quería que todo fuera perfecto.

Llegó el día 20. A mediodía lo visitó la licenciada Topete, ex directora de la escuela de Fundación Azteca. No podía creer lo que estaba sucediendo. Ella compartía muchos de sus proyectos a futuro y siempre lo animó a realizarlos. Platicó con Armandito y recordaron anécdotas que vivieron juntos. Cuando se despidió de Armando, me dijo que quizá Dios lo quería a su lado porque su misión era ayudarlo en el cielo.

Le peiné el cabello a su gusto. Ya habíamos dispuesto juntos su ropa, pues para entonces ya lo ayudaba a vestirse. Ese día, sin embargo, no fue así. Como faltaban cosas por preparar, lo dejé solo. Cuando salió de su recámara, fue una sorpresa para todos verlo listo para la fiesta y recibir a sus invitados.

Mostraba una entereza, voluntad y fuerza que parecía que la había estado guardando para este día. Cuando se iba de fiesta, se arreglaba y siempre nos preguntaba: "¿Cómo me veo?" A pesar de que sabíamos lo grave que estaba, su rostro sonreía y estaba lleno de luz, aunque su mirada ya denotaba cierta tristeza. Su papá le preguntaba dónde cabrían tantos amigos, ya que habíamos calculado que vendrían cerca de doscientas personas; él se limitó a contestar que vendrían en diferentes horarios.

La ayuda de los amigos de Sonia y de Armandito fue significativa: Irving atendía a los invitados; Daniel y la Firma 16 cuidaban que Armandito estuviera bien en la fiesta, hubo que medicarlo en más de cinco ocasiones. Mientras hacía efecto el medicamento, lo rodeábamos y cuidábamos. Hicimos lo posible porque no se acordara de las piñatas, ya que hacía mucho frío, pero en el momento más inesperado invitó a todos a romperlas. Teníamos un miedo terrible de que tanto esfuerzo le provocara un desmayo, sin embargo, Armandito se mantuvo despierto toda la noche. Su papá y yo no sabíamos cómo seguíamos despiertos y alertas. Cuando amaneció y se fueron los últimos chicos, le preguntamos si todo había salido según sus expectativas. Contestó que sí y nos dio las gracias a todos, y en especial a su hermana por ayudarlo. Terminada la fiesta, durmió todo el día.

Desde el mes de noviembre, cuando buscó en internet datos sobre el tumor en el corazón, se dio cuenta de que no había cura, así que el tiempo que tuvo lo dedicó a elaborar su testamento y escribir las cosas que quería. Un día me preguntó si su papá, su hermana y yo respetaríamos sus decisiones. Le dije que lo haríamos.

Elaboró listas de obsequios para amigos y familiares; hizo cartas para Sonia, su novio y para nosotros; nos dijo qué ropa quería en su funeral y en qué agencia sería el servicio. Pidió música para su funeral, pues no le gustaban los cantos de siempre, y deseaba muchas flores y ser incinerado.

Cuando me preguntó qué haría con sus cenizas, le dije que estarían en nuestra casa junto a nosotros, y que cuando yo muriera, nos llevarían al mar juntos. Esto lo reconfortó, al saber que no sería abandonado. Para entonces ya era muy difícil contener el llanto, la tristeza, la angustia; todos hacíamos esfuerzos por ser tan fuertes como él.

Después de la fiesta sus fuerzas se agotaron. El medicamento había cambiado, ya no sólo eran pastillas; además, se le administraban más seguido. Tuve que empezar a inyectarlo. Él lloraba pero sus lágrimas no eran de dolor físico, sino de dolor moral y espiritual, porque

siempre estuvo en contra de las drogas y ahora debía inyectárselas para soportar el dolor; ya casi no comía y había perdido mucho peso.

El sufrimiento de un hijo es muy difícil para los padres. Por las mañanas le resultaba terrible moverse; para sentarse en la cama, tenía que sentarme detrás de él y servir de soporte para su espalda, aun así me decía que mi respiración le provocaba un dolor terrible, Armando y yo sólo nos mirábamos.

El 24 de diciembre fue su última Navidad con nosotros. Tratamos de organizar la cena y de crear un ambiente lo más normal posible. La enfermedad le provocaba mucho frío, más del que ha-cía ese invierno, y siempre había un calentador cerca para que se mantuviera caliente.

Amigos y familiares nos acompañaron. Armandito cenó lo mejor que pudo y trató de estar contento.

Por las noches platicábamos con él hasta la madrugada, vimos videos, escuchamos música, todos queríamos llenarnos de él.

Había noches en que me iba a acostar a mi recámara. Me pedía que me quedara con él en su cama, pero yo tenía mucho miedo, no sólo a lastimarlo, sino también a despertar y darme cuenta de que ya no estaba con nosotros.

Cuando me despertaba para darle su medicamento, iba hacia su recámara y, en el pasillo, le pedía a Dios que estuviera con vida. El pronóstico era que podía fallecer en cualquier momento y yo había visto en dos ocasiones cómo se desvanecía; le hablaba para que se recuperara y, cuando abría los ojos, me contestaba que no sabía lo que le había pasado.

El 30 de diciembre recibimos por fin el diagnóstico de su enfermedad: Rbdomiosarcoma cardiaco, y venía escrito en un resumen médico con letra de su papá. Le pregunté a Armando si estaba seguro, pues no podía creerlo. Era una combinación de todos los tipos de cáncer.

Llego el Año Nuevo y el Día de Reyes vinieron sus amigos a estar con él y a partir la rosca. Por las fotos que tomamos ese día, nos dimos cuenta de cómo el cáncer lo fue consumiendo.

Armando seguía yendo al Centro Médico por medicamento. El 7 de enero de 2004, su último resumen médico decía textualmente: “Malo para la vida y la función a corto plazo”, ésa fue la sentencia definitiva.

Para ese entonces, Armando tenía que dividirse entre su hijo y apoyar a su mamá, pues a su hermana Elena le diagnosticaron cáncer de páncreas, que apareció casi a la par de la enfermedad de mi hijo. Nos preguntábamos por qué pasaban tantas cosas juntas y tan graves.

El 9 de enero, día del cumpleaños de Sonia, a las cinco de la mañana nos avisaron que su tía había fallecido. Tratamos de que por el momento no se enteraran, pues queríamos festejar a Sonia un poquito. Ella no sabía lo que había pasado y no queríamos que Armandito se deprimiera, pero él era muy especial. Me preguntó por su papá y le dije que estaba con su abuelita visitando a su tía. Me comentó: “Pero si mi tía ya se me adelantó y pronto estaremos juntos”.

Cerca de las once de la noche, se lo contamos a Sonia, y su papá la llevó un rato al funeral de su tía.

En casa las cosas se complicaban y tuvimos la necesidad de alquilar una cama de hospital para que Armandito estuviera lo mejor posible.

Su tío Mario lo atendía en casa, platicaba con él e hizo que le prometiera que no lo llevaríamos al hospital. Mario nos indicaba lo que debíamos hacer. Ayuda no nos faltó, hubo familiares que se ofrecieron para cuidar en las noches a Armandito, pero no podía dormir sin estar yo a su lado, y él no quería que me alejara.

En ocasiones, cuando el dolor lo torturaba, su voz se hacía pequeña y me decía: “Ya no, mami”.

Su papá y yo siempre supimos el papel que desempeñamos. Había momentos en que con sólo mirarnos sabíamos qué hacer. Siempre pensé que mis muñecas eran muy gruesas y nada femeninas, pero cuando tuve que sostener a mi hijo, moverlo y ayudarlo, agradecí la fuerza que tenían.

Cada día se acortaba el lapso en que debía inyectarle el narcótico que le calmaba momentáneamente el dolor; cuando hacía

efecto, recuperaba su sonrisa y tenía ganas de hacer muchas cosas. Me repetían que sólo era el efecto del medicamento, que no se estaba recuperando, pero algo en mí no quería aceptar que el fin se acercaba.

Mario, en una de sus visitas, me dijo que debíamos estar preparados, pues su muerte podría suceder en una hora, un día o una semana.

En su pecho se acumulaba la sangre, ya no circulaba hacia sus piernas, y los dolores de espalda y de cabeza eran tan fuertes que yo le preguntaba a Mario por qué el narcótico no le quitaba el dolor.

La última complicación fue una trombosis en la pierna derecha. Me dijo que le dolía mucho y estaba muy hinchada, llamé a Mario y le describí el grosor de su pierna. Se presentó inmediatamente y lo revisó. Le dijo que tenía que llevarlo al hospital, pero Armandito le pidió quedarse en casa. Mario trajo todo lo necesario para atenderlo, nos dijo que sería una noche muy larga y con mucho trabajo, pues había que cuidarlo y suministrarle sus medicamentos.

Al día siguiente, muy temprano, Mario lo revisó y dijo que había reaccionado muy bien. Le pregunté de nuevo lo que estaba pasando y me explicó que el tumor ya se había extendido a la médula espinal, pulmones y cerebro, por eso eran los dolores tan fuertes y los coágulos empezaban a provocarle embolias.

El 27 de enero entraba mucha luz en la recámara de Armandito, todo estaba demasiado claro; era diferente a los días anteriores que habían sido muy fríos. Muy temprano nos pidió a su papá y a mí que lo bañáramos en la cama. Nos extrañó un poco, pero entendimos que estaba muy cansado. Preparamos todo, y mientras lo bañábamos llegó su amiga Mónica. Le pedimos que nos esperara, y cuando terminamos, entró a platicar con él.

Constantemente nos preguntaba si llegaría pronto su tío Mario; le comentamos que sí, como todos los días.

Mi hijo me pidió que subiéramos la cabecera de la cama para incorporarse un poco; cuando regresé, me sorprendió verlo. Estaba

sentado con las piernas cruzadas en posición de flor de loto y me pidió que le acercara su loción astringente para limpiarse el rostro y un cortauñas para arreglar sus manos; aunque ya se rasuraba, ese día su rostro estaba limpio.

Les comenté a su papá y a su abuelita lo que pasaba y fuimos testigos de su meticuloso arreglo personal. Cuando terminó, pidió recostarse nuevamente. Si algo nos asombraba, era su entereza. Nos dijo que nos quedáramos a su lado escuchando música, su música favorita, en completa oscuridad.

Llegó la noche y él seguía preguntando por su tío Mario. Por alguna razón ese día Mario sólo le hizo una visita. Llegó cerca de las ocho de la noche, nos saludamos como de costumbre y pasó a ver a Armandito.

Como habíamos estado en penumbras, no notamos nada, pero cuando Mario lo vio, supo algo que nosotros no. Bajó a su coche por su maletín y le avisó a su mamá que Armandito estaba grave.

Cuando vimos la expresión en su cara, abracé a Armando y las lágrimas ya estaban en nuestro rostro. Nuestro hijo alcanzó a pedirle a su tío que le pusiera una melodía, fue el momento en que su cuerpo no resistió más y así, como un suspiro, su corazón dejó de latir... Él ya había asumido que su tiempo aquí había terminado. Eran las 9:40 de la noche.

Alguna vez preguntó por qué a él, pero jamás gritó ni discutió la decisión que Dios había tomado.

Mario revisaba sus signos vitales y yo sólo tomé su mano que aún estaba tibia, pero ya sin vida. No pude abrazarlo, pues todavía tenía miedo a lastimarlo. Noté que su playera estaba húmeda cerca del cuello y que apenas se percibían unas lágrimas en su rostro. Creo que nuestro hijo se despidió de esta vida y que en sus últimos momentos debió preguntarle a Dios nuevamente por qué.

Sonia e Irving llegaron exactamente cinco minutos después. Lo primero que ella dijo fue: "Ay enano, ¿por qué no me esperaste?" Mario bajó a avisarle a su mamá. Cuando los dos subieron, ella em-

pezó a llorar y me abrazó. ¿Qué se puede decir cuando pierdes un hijo, un hermano, un nieto, un amigo? Nos quedamos sin palabras.

Inmediatamente empezaron a llegar los familiares, el hermano mayor de Armando, Gerardo, y su esposa; mi hermana Meche con sus hijos y su esposo. Todos te abrazan y te dicen palabras que escuchas, pero no entiendes. Recuerdo que mi sobrino Gustavo, el hijo más pequeño de Meche, me preguntó por qué él, por qué se murió Armandito. Le contesté que Dios lo necesitaba con él.

Después sólo veía que la gente se movía muy rápido para mí, mientras yo estaba como en cámara lenta. Veía cómo todo se iba arreglando, avisaron a los familiares, a los amigos, a la funeraria.

Mario arregló los papeles para el acta de defunción. Escuché la voz de mi hermana diciéndome que me acompañaba a cambiarme de ropa, pues debía usar algo de color negro.

Me puse la chamarra de mi hijo, era como llevarlo conmigo.

Daniel llegó a la casa antes de irnos y fue el encargado de avisar a los amigos de la prepa y a las personas de una lista que Armandito ya había preparado para ese momento.

De repente entraron los señores de la funeraria con una camilla negra. Nos pidieron una sábana y una almohada para bajarlo. Su cuerpo iba cubierto, cuando lo vi salir no pude moverme, ni siquiera recuerdo quién me sostuvo para bajar la escalera. Sonia dice que fue su papá.

Llegamos a la funeraria, donde ya estaban los amigos, mis hermanos, mi mamá y Héctor; los abrazos y las palabras de consuelo llegaban, pero uno no las escucha. También pude sentir que ver a mi mamá no me brindaba consuelo.

Empezó a llegar tanta gente al funeral que tuvimos que cambiarnos a una capilla más grande.

Nos dijeron que teníamos que revisar que Armandito trajera toda su ropa puesta, pues él había dicho que no se presentaría ante Dios sin ropa interior y sin zapatos, porque le daría mucha vergüenza. Parecía estar dormido y su papá le puso sus lentes.

Caminamos detrás del féretro hasta llegar a la capilla.

Meche nos prestó una grabadora para tocar la música que mi hijo había pedido; las flores empezaron a llegar con la gente y a cubrir y a rodear su féretro.

Flores, había muchas flores, como él había pedido. Hay tantos amigos que mencionar, cada uno tan especial para él y para nosotros, que es imposible hablar de todos.

Llegó la mañana y un amigo del trabajo de Armandito nos pre-guntó si podía rezarle un rosario. Le agradecemos y aceptamos.

Algo muy notorio fue cuando empezaron a llegar las chicas, muy arregladas, bien vestidas, de luto, pero elegantes; era como si Armandito les hubiera dicho cómo debían presentarse.

La directora de la primaria, su maestra del kinder, maestros de secundaria, compañeros de escuela, del trabajo, la Firma 16, la familia, todos, formaron una entrañable amistad con él, y tan especial, que las demostraciones de afecto, unión y pena se hacían notar infinitamente y de manera tan diversa, que cada uno merecía atención.

Armando y don Héctor, un amigo, buscaron un sacerdote para que se oficiara la misa de cuerpo presente. El padre preguntó la edad del niño, todos contestamos que dieciocho años. Pidió que oráramos por mi hijo, que no había tenido tiempo de hacer nada malo. Mi razón contestó: "¿Cómo tendría tiempo de actuar mal si sus planes eran otros, no morir?"

Las condolencias de los chicos eran para decirnos cuánto los había ayudado mi hijo en su momento. Las cosas pasaban muy rápido, las guardias en su féretro eran de amigos y familiares; Mario, que todo el tiempo estuvo con nosotros, y Armando me dijeron que ya tenían que llevarse el cuerpo. Pensé que eso no podía ser cierto, porque muchas veces miré el cuerpo de mi hijo en su ataúd y la razón me decía que era nuestro hijo y hermano, pero el corazón me gritaba que el que estaba ahí no podía ser mi pollito, mi niño, y una vez más, la fuerza más grande que podía tener estaba a mi lado: Sonia y Armando.

Mario empezó a aplaudir y se escuchó cómo todos los presentes se unían, lo que yo no sabía era que a propios y extraños les impresionaba la cantidad de jóvenes que hacían valla y aplaudían hasta que ya no se vio más el féretro.

Mario me dijo que yo era una mujer muy fuerte y, mientras esperábamos sus cenizas, sólo me senté y no pensé en nada.

Ya atardecía cuando nos entregaron la urna, aún tibia, con sus cenizas: allí estaba mi pequeño. Teníamos que retirarnos y, entre otras cosas, nos pidieron que nos lleváramos las flores. Por la mañana, el sacerdote vio tantas, que nos sugirió llevarlas a la iglesia, pero familiares y amigos quisieron llevárselas. Eso me impresionó, pues no es muy usual que quisieran flores de un funeral, pero creo que para ellos y para nosotros no sólo eran flores, eran las flores de Armandito. Entre las que trajimos a casa, había lilis, eran hermosas, pero éstas en especial eran grandes y largas, traídas por un amigo de Armando. Florecieron junto a su urna y, desde entonces, son sus flores predilectas. Pensamos que nuestro hijo nos demuestra que está contento con esta muestra de amor de nosotros hacia él y que, a su vez, las hace florecer a cada una de ellas; esto se ha vuelto una señal de su presencia.

Dios, han pasado casi dos años y no puedo pedirte perdón por preguntar por qué. ¿Por qué mi mirada es triste?, ¿por qué te llevaste a un niño de dieciocho años, estudioso y trabajador, con todas las cualidades que tú le otorgaste a un mortal?, ¿por comerse la vida que sin saber se le escapaba?

¿Por qué tú, sabiéndolo todo, nos quitaste una parte de nosotros?, ¿por qué a mi corazón no lo consuela la respuesta más común: "Dios sabe lo que hace"? Creemos que Armandito sí sabía algo, pues siempre fue un niño bello. Le gustaba ser espectador de películas que trataban de niños con alguna enfermedad grave y que surgían como gigantes; los temas de la vida después de la muerte, pero una vida bella, hermosa, con la paz que todos deseamos; le gustaba escuchar toda clase de música, por lo que en nuestra casa y para mi pequeña familia siempre hay alguna canción que nos recuerda

a nuestro hijo y hermano en su paso por esta vida.

Aun en este momento mis sentimientos son encontrados por lo que me hiciste. Después de todo lo que pasé en mi niñez, sin reprocharte nada, no entiendo por qué otra vez.

Te agradecí la vida que llevaba con mi esposo y con mis hijos, era feliz y no te pedía más, entonces, ¿por qué tuvo que pasar-nos esto?, ¿por qué una madre, un padre y una hermana tuvieron que sufrir la pena de perder parte de su vida, si no le hacíamos daño a nadie?

Si tú que estás leyendo mi relato encuentras la respuesta, házmela saber, pues no sé si es simplemente la historia de mi vida o la voluntad de Dios, y tengo miedo de lo que pueda suceder más adelante.